

de darse; valía tanto como el mejor de los espectáculos y como la mejor de las diversiones.»

¿Qué medio hay de no solicitar la gente que charla bien, entre nobles que pasan la vida charlando? Tanto valdría prohibir á sus mujeres, las cuales van cada noche al teatro y representan la comedia á domicilio, que no atrajeran á su casa á los actores y cantantes de fama, Jelyotte, Sainval, Prèville, el jo-

ven Molé, el cual estando enfermo y necesitando sustancias nutritivas «recibe en un solo día dos mil botellas de vinos de todas clases, regalados por diferentes señoras de la Corte;» la señorita Clairon, que arrestada en For l'Evêque, atrae allí «una afluencia prodigiosa de carrozas» y reina sobre la mejor sociedad en la mejor habitación de la cárcel, como atestigua Bachaumont III, 93, y II, 202. Cuan-



Los convulsos del cementerio de San Medardo (1)

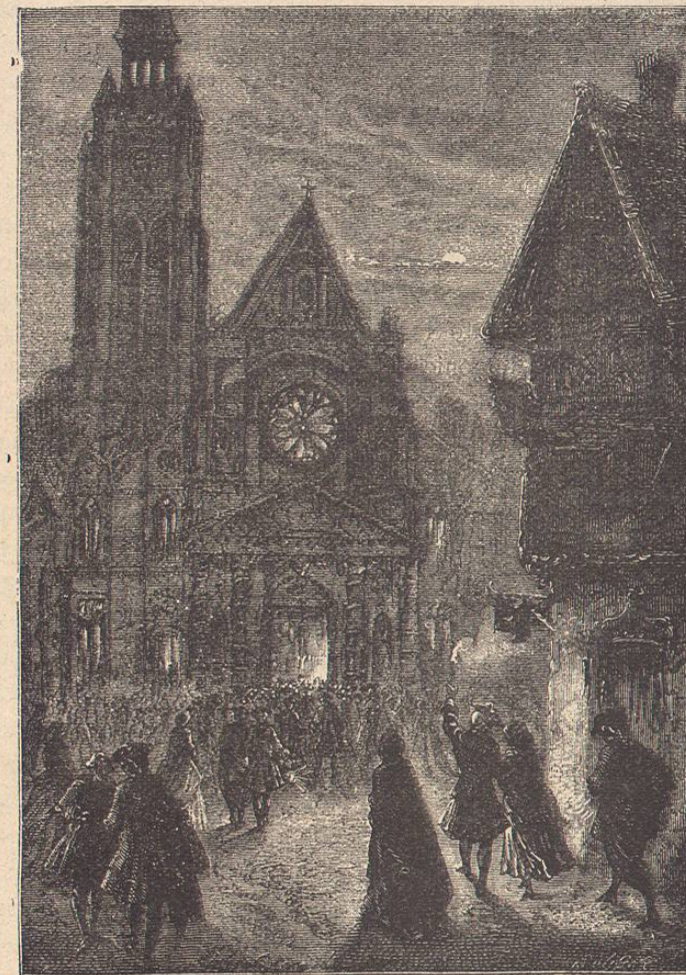
do se toma la vida así, es en un salón, tan necesario un filósofo con todas sus ideas como una araña con todas sus luces. Forma parte del nuevo lujo; se le exporta. Los soberanos en medio de su magnificencia y de su mayor auge, llámanle á su casa para gustar una vez en la vida el placer de la conversación libre y perfecta. Cuando llega Voltaire á Prusia, Federico II, pretende besarle la mano, le adula como á una querida y más tarde, después de una multitud de mutuos arañazos, no puede pasar sin hablar con él por correspondencia. Catalina II, manda á buscar á Diderot y durante dos ó tres horas juega diariamente con él el gran juego de la inteligencia. Gustavo III, en Francia, es íntimo de Marmontel y recibe

como un honor insigne una visita de Rousseau. Se dice de Voltaire, con exactitud, que tiene en su mano «su tute de reyes,» Prusia, Suecia, Dinamarca y Rusia, sin contar las cartas secundarias, príncipes y princesas, grandes duques y margraves que tiene en su juego. El papel principal en esa sociedad corresponde de una manera visible á los escritores; nadie se ocupa más que de sus hechos y de sus gestos; nadie cesa de prestarles homenaje. «Aquí, escribe Hume á Robertson como puede verse en el *Cuadro de la literatura del siglo XVIII*, por Villemain, no me alimento más que de ambrosía, no bebo más que nectar; no respiro más que incienso, ni ando sino sobre flores. Todos los hombres que

(1) Cuando la autoridad intervino para poner término á la farsa, apareció en la puerta del establecimiento la siguiente inscripción:
De part le Roi: defense á Dieu
De faire miracle dans ce lieu.

encuentro y más aún todas las mujeres creerían faltar al mayor de los deberes si no me dedicaran un largo é ingenioso discurso en honor mío.» Cuando fui presentado en Versalles, los futuros reyes Luís XVI de diez años de edad, Luís XVIII que contaba ocho y Carlos X que no alcanzaba más que

cuatro, le dirigieron cada uno de por sí un cumplido referente á su obra. No necesito relatar el regreso de Voltaire ni su triunfo, yendo á recibirle la Academia en cuerpo, con su carruaje detenido por la multitud, las calles atestadas, las ventanas, escaleras y balcones cargados de admiradores, en el teatro, un



El pueblo acude por la noche á las iglesias á rezar por la salud de Luís XV

público delirante que no cesa de aplaudir, tuera de él un pueblo entero que le acompaña entre vivas, en sus salones una afluencia tan continua como en el palacio real, grandes señores apretados contra la puerta y alargando el oído para percibir una de sus palabras, grandes señoras en pie y empinándose de puntillas, espiondo su más insignificante ademán. «Para concebir lo que experimentaba, dice uno de los espectadores, sería menester estar en la atmósfera en que yo vivía; era la del entusiasmo. Yo le hablé» esta sola palabra convertía entonces en un personaje al primero que llegaba. En efecto, había visto al maravilloso director de orquesta que hacía cincuenta años dirigía el baile, remolido de ideas

graves ó semi-desnudas y que, siempre en escena, siempre en primera línea, conductor reconocido de la conversación universal, suministraba motivos, daba el tono, marcaba el compás, imprimía el esfuerzo y daba la primera nota de violín.

III

Obsérvense los gritos que le acogen: «Viva el autor de la Enriada, el defensor de los Calas, el autor de la *Doncella*.» Nadie, hoy, daría el primer bravo, ni mucho menos, el último. Esto nos indica la inclinación del siglo. Entonces se pedían á los autores, no ya pensamientos tan sólo, sino pensamientos de opo-

sición. Desocupar una aristocracia es hacerla murmuradora; el hombre no admite voluntariamente una regla sino cuando contribuye á aplicarla. ¿Queréis volverla á unir al gobierno? Haced que tome parte en él. De lo contrario, convertido en espectador, no verá de él sino las faltas ni sentirá más que los disgustos, no estará dispuesta á otra cosa que á censurar y á silbar. En efecto, en este caso, sucede como en el teatro, y en el teatro quiere uno divertirse, y desde luego, no ser molestado. ¡Cuántas molestias en el orden establecido y hasta en todo orden establecido! En primer término, la religión. Para los amables «ociosos» que describe Voltaire en su *Princesa de Babilonia*, pero las «cien mil personas que nada tienen que hacer sino jugar y divertirse» es ella el pedagogo más antipático, siempre gruñendo, hóstil al placer de los sentidos, al pensamiento libre, quemando los libros que se querían leer, imponiendo dogmas que no se entienden ya. Hablando con propiedad, es el jabalí; cualquiera que le aseste un dardo, es bien venido. Otra cadena, la moral de los sexos. Esta parece muy pesada á los hombres entregados al placer, á los camaradas de Richelieu, Lanzun y Tilly, á los héroes de Crebillon, hijo, á todo aquel mundo galante y libertino para quien la irregularidad se ha convertido en regla. Nuestra gente de tono adoptará sin dificultades una teoría que legitima su práctica. Estarán á sus anchas al aprender que el matrimonio es un convenio y una preocupación. Aplaudirán á Saint-Lambert cuando durante la cena y levantando la copa del champagne, proponga la vuelta á la naturaleza y las costumbres de Otaiti (1).

Última traba, el gobierno, la más incómoda de todas, porque aplica las demás y reprime al hombre con todo su peso y el de los demás. El gobierno es absoluto, está centralizado, procede por favor, es atrasado, comete faltas, sufre reveses; ¡cuántas causas de descontento en pocas palabras! Tiene contra sí los resentimientos vagos y sordos de los antiguos poderes á quienes ha despojado. Estados provinciales, parlamentos, magnates de provincia, nobles de la antigua extirpe que como los Mirabeau conservan el espíritu feudal, y como el padre de Chateaubriand, llaman al abate Raynal un «hombre fuerte.» Existe contra él el despecho de todos los que se creen defraudados en la distribución de los empleos y de las mercedes, no solamente la nobleza de pro-

(1) Sra. de Epinay ed. Boiteau I, 216, cena en casa de la comediante señorita Quinault, con Saint Lambert, el príncipe de..., Duclós y la Sra. de Epinay.

vincia que se queda á la puerta (como el padre de Marmont, por ejemplo, el cual, según las memorias del mariscal del mismo nombre á pesar de haber ganado á los 28 años la cruz de San Luís, deja el servicio porque todas las gracias se conceden á los cortesanos y retirado en su castillo es liberal y enseña de leer á su hijo en el Manifiesto de Necker), mientras la nobleza cortesana come en el real festín, sino también la mayor parte de los cortesanos reducidos á las sobras, al paso que los favoritos del pequeño círculo íntimo engullen las tajadas mayores. Tiene contra sí el mal humor de sus administrados que viéndole tomar el papel de Providencia y encargarse de todo, todo se lo atribuye, la carestía del pan lo propio que el desarreglo de su camino. Tiene contra sí la nueva humanidad que en los más elegantes salones lo acusa de sostener los añejos restos de una época bárbara, impuestos mal aplicados, mal repartidos y mal recaudados, leyes sanguinarias, procedimientos ciegos, suplicios atroces, persecución de los protestantes, decretos de prisión, cárceles de Estado. Y he dejado aparte sus excesos, sus escándalos, sus desastres y sus vergüenzas. Rosbach, el tratado de París, la señora Dubarry, la carrota. Llega el disgusto, decididamente todo va mal. Los espectadores del drama, dícense que no sólo es malo sino también que está mal construido el teatro, que es incómodo, sofocante, mezquino, hasta el punto de que para hacerlo cómodo será menester derribarlo y reconstruirlo desde el sótano del granero.

En este instante intervienen los arquitectos nuevos, con sus especiosos racionios y sus planos trazados, demostrando que todos los grandes edificios públicos, religiones, morales, sociedades, no pueden menos de ser toscos é insanos, ya que hasta aquí fueron construídos con piezas y pedazos á medida que fueron necesarios, por locos y por bárbaros la mayor parte de las veces, y siempre por albañiles y al azar, á tientas y sin principios. En su opinión ellos son arquitectos y tienen principios, tales son, la razón, la naturaleza, los derechos del hombre, principios sencillos y fecundos que todos pueden entender y de los cuales basta sacar las consecuencias para sustituir las informes construcciones del pasado con el admirable edificio del porvenir. Grande es la tentación para descontentos poco devotos, epicúreos y filántropos. Fácilmente adoptan máximas, parecen conformarse con sus secretos deseos; por lo menos las adoptan en teoría y de palabra. ¡Qué grandes palabras, libertad, justicia, felicidad pública, dignidad del hombre! ¡Son tan bellas, y por otra

parte tan vagas! ¿Qué corazón puede privarse de quererlas y qué inteligencia puede preveer todas sus aplicaciones? Y tanto más cuanto que hasta el último instante la teoría no desciende de las alturas, cuanto que permanece desterrada en sus abstracciones, que se parece á una disertación académica y que se trata siempre del hombre en sí mismo, del contrato social, de la ciudad imaginaria y perfecta. ¿Hay en Versalles un solo cortesano que se resista á decretar la igualdad en talento? Entre los dos aposentos de la inteligencia humana, el superior en que se teje el racionio puro, y el inferior en que se aposentan las creencias activas, la comunicación no es completa ni rápida. Muchos principios no salen del aposento superior; permanecen en él en estado de curiosidades; son mecanismos delicados, ingeniosos de que gustosos hacemos ostentación, pero que casi nunca utilizamos. Si alguna vez su propietario los traslada al aposento inferior, no se sirve de ellos sino á medias; costumbres establecidas, intereses ó instintos anteriores y más fuertes restringen su uso. Y en eso no obra de mala fe, es hombre; cada uno de nosotros profesa verdades que no practica. Una noche, el toscos abogado Target, toma un polvo de rapé de la caja de la mariscal de Beauvau, y ésta, cuya reunión es un pequeño club democrático, queda sofocada por tan monstruosa familiaridad. Más tarde, Mirabeau de vuelta á su casa, después de haber votado la abolición de los títulos nobiliarios, coge de la oreja á su criado y le dice riendo con su tonante voz: «¡Aquí, bribón! espero que siempre seré para tí el señor conde.» Esto demuestra hasta qué punto son admitidas las nuevas teorías en una cabeza aristocrática. Ocupan todo el aposento superior y en él tejen con grato ruido la trama de la conversación interminable; su zumbido es continuo durante todo el siglo; nunca se vió en las reuniones semejante desarrollo de frases generales y de chistes. Algo cae en el aposento inferior; pero no es más que el polvo, esto es, la esperanza, la confianza en el porvenir, la creencia en la razón, el gusto por la verdad, la buena voluntad juvenil y generosa, el entusiasmo que pasa rápidamente, pero que á veces puede exaltarse hasta la abnegación y el sacrificio.

IV

Sigamos los progresos de la filosofía en la clase elevada. La religión es la que recibe los primeros y mayores golpes. El pequeño grupo de excépticos apenas perceptible en tiempo de Luís XIV, ha alis-

tado sus reclutas en la sombra; en 1678, la madre del Regente escribe ya, como puede verse en el *Espíritu público en el siglo XVIII*, pág. 7, de Aubertin, «que ya casi no se ve ahora ni un solo joven que no quiera ser ateo.» Con la Regencia «la incredulidad se produce públicamente.» «Yo no creo, dice la madre del Regente en 1722, que haya en París entre eclesiásticos y laicos, ni cien personas que tengan verdadera fe ó que crean ni siquiera en Nuestro Señor Jesucristo. Esto hace temblar...» Ya en el mundo, el papel de un eclesiástico es difícil; no parece sino que sea un Juan de las Villas ó un bobo, como lo comprueban Montesquieu en sus *Cartas persas* y otros autores de la época. «Desde el momento que aparecemos en una reunión, se nos hace disputar, dice uno de ellos, se nos obliga, por ejemplo, á que demos la utilidad de la plegaria para un hombre que no cree en Dios, la necesidad del ayuno en el que toda su vida ha negado la inmortalidad del alma; la empresa es árdua y los zumbones no están á nuestro favor.» En breve, el continuado escándalo de las bulas de confesión, y la obstinación con que los obispos se niegan á permitir que se imponga contribución á los bienes eclesiásticos, sublevan la opinión contra el clero, y por consiguiente contra la religión. «Es de temer que eso acabe de una manera seria; dice Barbier en 1751; podría verse un día en este país una revolución para abrazar la religión protestante.» «El odio á los sacerdotes, escribe de Argenson, en 1753, llega al último extremo. Apenas se atreven á presentarse en las calles, sin que se les ahulle... Como nuestra nación y nuestro siglo son ilustrados» de una manera muy distinta «de la época de Lutero, se llegará hasta donde deba llegarse; se desterrarán todos los sacerdotes, todo sacerdocio, toda religión, todo misterio...» «Ya no se atreve nadie á hablar á favor del clero en una buena sociedad, porque de hacerlo se le mira á uno como infamado y como familiar de la inquisición. Los sacerdotes han experimentado este año en el número de sus comulgantes una disminución que pasa de un tercio de ellos. El colegio de los jesuitas queda desierto; ciento veinte pensionistas se han apartado de estos monjes tan desacreditados... También se ha observado en el carnaval de París que nunca se habían visto en el baile tantos máscaras, disfrazados con trajes eclesiásticos, esto es, de obispos, de abates, de frailes, de monjas.» La antipatía por ellos es tan grande que la obra más medianea hace favor desde el momento en que es anticristiana y condenada por tal. En 1748 una obra de Toussaint, á favor de la religión natural,